

ques « Camboulives. » Aquellos cheques iban girados precisamente contra la sucursal del Crédito Colonial, de la que Hemery era entonces director.

— ¿Ha visto Hemery esos cheques falsos? preguntó Teresa con el mismo aire de incredulidad.

Pero, á partir de aquel momento, fueron molestados á cada frase por invitados que se marchaban, y que los despistaban en su retiro. Al mismo tiempo que profería fórmulas de graciosa cortesía y que se violentaba para sonreír, Teresa pensaba:

« ¡No es verdad, no es posible! La víspera de mi casamiento, aún podía yo dudar. Pero el Pedro á quien yo conozco ahora, con quien he vivido íntimamente durante cinco meses, no es un criminal. Estoy segura de ello. »

Aprovechó la primera tregua que les dejaron los invitados, y repitió su pregunta:

— ¿Ha visto Hemery los cheques falsos?

— No dice eso, contestó el señor Dautremont.

— ¿Qué dice, entonces?

— Hemery, no lo ignoras, no es un modelo de franqueza. Es un hombre de inteligencia mediana, que ha llegado á una situación superior á su mérito, merced justamente á su prudencia, á su arte de no crearse enemigos. Teme á Pedro y lo necesita; por otra parte, desde hace tres años me anda rondando para que lo acepte en el consejo de los Molinos de Prevannes; es pues, en este asunto, nuestro aliado. Sin consentir en dar su opinión personal, me ha dicho únicamente que, al exigirle Majencio que hiciera exa-

minar los cheques en cuestión (la escena ha tenido lugar esta tarde, en su despacho, adonde fué á verle tu querido protegido), contestó Hemery que no haría tal, que estaba harto seguro de la cumplida corrección del señor Hountacque para acoger semejantes imaginaciones... Me ha dicho que le ha contestado eso á Majencio; pero, cuando le pedí su opinión sobre el hecho mismo, contestó con una evasiva. ¿Percibes la sutileza? Contestó con una evasiva; hizo observar que, de todos modos, una información en la que recayeran sospechas sobre tu marido, tendría un efecto deplorable; que era menester, á toda costa, cortar el mal en la raíz, desarmar al Majencio y al Couderc. Para mí, está convencido de que son ciertas las falsificaciones.

— Entonces, ¿por qué no lo declara francamente?

— Porque, te lo repito, es prudentísimo, porque espera sinceramente que se echará tierra sobre el asunto, y que no quiere parecer sospechar de Pedro. Y, también, por razón profesional, porque resultaría comprometido el Crédito colonial; las historias de cheques falsos son siempre muy fastidiosas para los banqueros. Alarman á la clientela, la jurisprudencia es variable: acaso tuviera el Crédito que pagar una cuantiosa suma á los herederos de Camboulives. Pero, créeme, Teresa, conozco al individuo: está convencido, y, es más, sabe, sobre ese asunto, mucho más de lo que dice... ¡Ah, se va la señora de Villoy!

La señora de Villoy se marchaba, en efecto, paseando por el vasto salón su robusta, alegre y redonda

persona. El señor Dautremont y Teresa tuvieron que saludarla, que acompañarla. Teresa no pensaba más que en lo que acababa de oír. La convicción de su padre y de Hemery no hacían mella en su espíritu; pero padecía por los disgustos que amenazaban á Pedro. Sintió que en realidad formaba un solo ser con él, y le pareció entonces, por primera vez, que el pasado de Pedro, aún en lo que de él ignoraba, era de ella, que le pertenecía, que era como su propio pasado. Quería ser responsable en el mismo grado que Pedro.

— Adiós, querida señora, dijo á la señora de Villoy besándola... ¿Está una segura de encontrarla á usted en su casa los martes?...

— ¡Sí!... ¿á eso de las seis?... Entonces, hasta el martes, cuente conmigo.

La gruesa dama comenzó á bajar la escalera, apoyada en el brazo de su lacayo.

Después, Pontmagne vino á saludar á Teresa. Le tendió ella con placer su mano, que él besó; sabía la joven que éste era un amigo fiel y seguro. Cada vez más tranquilizada y decidida, se apresuró á reunirse con su padre, quien había regresado al salón principal.

— Te prevengo, le dijo, que no creo que haya fundamento alguno en todo eso. Sin embargo, tu aviso merece tenerse en cuenta, y te doy las gracias por él. Al avisarme, sin duda que tenías tu idea: ¿qué debo hacer?

— Prevenir á Pedro é interrogarle, cuando estéis

solitos... Conocer el fondo del asunto. Á ti te dirá la verdad, supongo, si no le disimulas nada de las cosas graves que te he dicho. Á mi, me enviaría á paseo; pues no brilla mi yerno por el respeto á los abuelos.

— Está tranquilo, todo lo sabrá... La gente se va. Dentro de un cuarto de hora ya no quedará nadie aquí. Le interrogaré tan pronto como quedemos solos. ¿Y tú, papá, qué vas á hacer?

— Hablar á Pontmagne, sin tardar un minuto.

— Pontmagne se ha marchado.

— ¿Estás segura!

— Acaba de despedirse de mí en la galería.

— Lo siento. Pero puedo telefonarle desde mi casa.

— ¡Oh papá!... no hagas eso. Espera á que haya hablado yo con Pedro. Un extraño más al corriente de ese asunto... ¿Qué prisa hay?

— ¡Todo nos mete prisa, imprudente! Majencio, al despedirse de Hemery, le ha declarado que, en vista de su negativa, iba á dar parte al juzgado. Si es inminente una acción judicial, necesitamos de alguien en la plaza para diferirla á toda costa, con objeto de ganar tiempo para desarmar á ese bandido. Además, Pontmagne es reservado.

Teresa meditó un segundo.

— Bien. Telefona á Pontmagne á medias palabras, por supuesto y ven á verme, mañana temprano, aquí.

— Convenido. Estaré aquí á primera hora.

Los últimos grupos de invitados, que se separaban, se desparramaban, y poco á poco iban marchándose, los separaron. Max Pergyl se despidió de Teresa;

comprendió que la observaba con curiosidad; la necesidad de defender á su marido y su felicidad le dió fuerza para sonreír. « Además, tengo confianza, pensaba; todo eso es una calumnia que Pedro derribará con una sacudida de hombros... » No obstante, su fuerza y su paciencia se gastaban en seguir las vacilaciones, las dilaciones, las salidas en falso de los últimos invitados. Ahora deseaba ella con pasión la soledad en la casa vacía. Ya los salones estaban desiertos. Quedaban unas diez personas, entre ellas Susana, Moulier y Archeres, rodeando á Pedro, en el comedor... La señora de Furtier-Legrand y el conde de Mareil « flirtaban » en voz baja, con ademanes de confesión, en un rincón. En cambio, la galería estaba llena de parejas que se hacían llevar sus abrigos; otras personas esperaban, en lo alto de la escalera principal, la llamada de los lacayos... Al dejar á su hija mayor, el señor Dautremont se fué en busca de Susana, para llevársela. Entonces, privada de aquella presencia protectora, Teresa se sintió menos firme, menos confiada. Le dieron ganas de ir á reunirse con su marido, á quien veía, hablando alegremente con el barón. Temió delatar su angustia llegando á él, y se fué á la galería. Cambió rápidas frases con unos, con otros; ni se daba cuenta de lo que decía; á pesar suyo, toda su atención se concentraba en el rojar de los coches, delante de la escalinata, en las voces de la servidumbre, llamando « El equipaje de la señora marquesa de Tençay... El equipaje del señor doctor Bourguet » y en el ruido de las

portezuelas bruscamente cerradas... « ¡Otra más!... ¡otra más!... » pensaba Teresa. Ya no quedaron más que algunas personas... Sólo diez (las contó), sólo una señora que se impacientaba, la señora de Furtier-Legrand, cuyo automóvil no parecía, y que repetía, invectivando á su maquinista ausente, olvidando en su ira el personaje de Josefina y los modales estudiados:

— ¡Esé Camilo... tiempo hace que debería haberlo despedido! ¡Pero, esta noche, querida señora, esta noche misma, vaya si lo despido!...

— Van á ir á buscarle á usted un coche de punto, querida señora, dijo Teresa.

Y dió las órdenes necesarias. Justo en aquel momento, Susana y su padre penetraron en la galería. Susana, mientras se envolvía en un precioso abrigo, dijo á su hermana:

— Querida, Pedro te dará detalles, ya que no he podido dártelos á ti; pero quiero, sin embargo, anunciarte la gran noticia: tengo amores formales.

— ¿Con el barón?

— Naturalmente.

— ¡Oh, querida!

Se besaron; Teresa retuvo á Susana contra su corazón. Se sentía feliz y profundamente trastornada al mismo tiempo. ¡Qué recuerdo de sus propios esponsales, y en qué momento!

El señor Dautremont, ya con su abrigo puesto, y protegida la garganta por un pañuelo de seda, se impacientaba.

— ¡Vamos, vamos! mañana os besaréis; ¡andando!... Hasta mañana, Teresa.

— Sí, hasta mañana, papá.

— ¡Hasta mañana, querida!

La alegre sonrisa de Susana, una sonrisa que parecía más aguda, nueva, en aquellos labios, quedó en los ojos de la mayor, con una última mirada del señor Dautremont, que significaba: « ¡Apresúrate á saber y á ponerte en guardia! »

— ¿No queda ya nadie? preguntó Teresa al mayordomo.

— Únicamente el señor Archeres, quien está hablando con el señor, en el comedor.

— Bien... Dirá usted al señor que estoy en mi cuarto... tengo un poco de jaqueca.

Y se fué á su cuarto, en donde Gertrudis la esperaba. Se hizo solamente quitar su ropa exterior, y poner una *night-gown*. Y despidió á la doncella.

— Ya no la necesito á usted. Vaya á descansar.

III

Ya sola, quedó en pie, con las manos colgando y cruzadas, y con la mirada clavada en el suelo. El silencio era ya casi absoluto en el hotel, y en torno del hotel. Le pareció á Teresa que percibía los latidos de su propio corazón, y que aquellos golpes sordos, precipitados, eran el único ruido de la noche.

Alzó los ojos y estuvo mirando su cuarto, copia del de María Antonieta en las Tullerías, según los grabados de la época; únicamente la cama ésta era mayor, cama en que, desde que la nueva pareja estaba instalada en el hotel, Pedro, dejando el cuarto vecino que era el suyo, venía á dormir contra su corazón.

Teresa detestó aquella riqueza, aquellos salones dignos de un príncipe, aquella fiesta, aquella cama de reina, aquellas manifestaciones de excesiva fortuna. Entrevió que todo aquello era la causa lejana de la tormenta que sobre ellos se abatía. Como tantos ricos, como tantos felices en ciertos momentos,

deseó, envidió la obscuridad. La casita de madera, en Noruega, á orilla del lago melancólico, se evocó en su pensamiento, el modesto rincón en donde habían vivido las semanas más intensas de su vida, entregados por entero uno á otro, habiendo olvidado su fortuna como un bagaje superfluo, é ignorados... ¡oh, ignorados!

— ¡Cómo tarda! dijo en alta voz. ¿Qué, no sospecha nada?

Lágrimas de impaciencia mojaron sus ojos. Se dirigió hacia la chimenea — mármol blanco, guirnalda de corazones y aljaba de oro — para apoyar sobre el botón de llamada. Pero, en el momento de llamar, se contuvo.

« ¿Por qué inquietarle? Creería que estoy enferma... »

Se dejó caer sobre una butaca; pero, casi en seguida, se puso de nuevo en pie : oyó pasos en el cuarto vecino. Sí... Era Pedro, á quien estaba desnudando su ayuda de cámara. Le dieron á Teresa ganas de llamar. « ¿Qué sencillez, la de nuestra vida en la casita de Aaberg! No estaban, nuestros criados, de continuo alrededor nuestro, para estorbarnos, atisbar y separarnos... ¡Ah la pobreza, la libertad de amarse! » Pero su oído, en acecho de los menores ecos del cuarto vecino, percibió el paso vivo de Pedro que se acercaba á la puerta. Le quedó justo fuerza para abrir aquella puerta y para caer sobre el pecho de su marido.

Éste exclamó :

— ¡Mi Teresa! ¿estás enferma?

Una de sus manos estaba ocupada por su correo, un paquete de cartas no abiertas aún por él. Enlazó á Teresa con su brazo libre y quiso conducirla hacia una butaca. Se unía á él, cara contra cara, murmurando :

— No, no... no es nada, no estoy enferma. Sólo que, tenía impaciencia por verte, por hablarte...

Sintió Pedro lágrimas correr contra sus mejillas; pero aquellas lágrimas la aliviaban. La dejó llorar contra él sin interrumpirla, sin siquiera hablarle. El amor había enseñado á aquel rudo luchador, tan poco feminizante antes de su matrimonio, el secreto de los nervios femeninos y el arte de tratarlos. Ya Teresa se calmaba. Se desasió, secó sus ojos, se esforzó por sonreír.

Perdóname. Es absurdo, este estado mío... no sé qué tengo... Me ha enervado esa larga velada, toda aquella gente... Ya había yo perdido la costumbre. Pero, ya pasó, mira... ya pasó.

Puso Pedro las cartas sobre la tabla de la chimenea y sonrió á su mujer. De nuevo se echó ésta á su cuello y le abrazó con pasión. « Estoy segura de ti, mi Pedro, pensaba ella... segura... segura... »

Pedro, sintiéndola ya apaciguada, la tomó suavemente por lo alto del busto y la contempló :

— ¡Tú, tan equilibrada, tan poco nerviosa! Hay una razón para que estés así.

— Sí; tengo que hablarte, Pedro.

Apartándose ligeramente, dejó correr sus brazos

hasta que sus manos se juntaron con las de su marido. Buscaba las fórmulas que momentos antes acudieran á su espíritu, cuando estaba ella imaginando la escena presente, Había pensado : « Comenzaré por decirle esto... y luego le diré esto... » toda especie de atenuaciones para amortiguar el golpe, para no herir á su querida víctima. Ahora, nada se le ocurría : únicamente las palabras que expresaban el hecho brutal.

— ¡ Habla pues, mi Teresa !

Pero seguía callada. Entonces recordó Pedro al señor Dautremont yendo en busca de su hija mientras estaba él mismo hablando con ella.

— Seguramente que se trata de tu conversación con tu padre...

Hizo Teresa una seña afirmativa. Y añadió :

— Mi padre, momentos antes, había recibido una confidencia de Hemery.

... Aquella mirada de Hemery clavada en él de uno á otro extremo del salón, Pedro la recordó ; mirada que en seguida se había retirado, pero como se retira una espada, para herir con más fuerza después.

— ¡ Debí haberlo sospechado ! exclamó Pedro. ¡ Vaya un ave de mal agüero ! ¿ Qué ha venido á contarle á tu padre ?

No como un juez de instrucción acecha á un culpable, sino como vigila un náufrago la tabla que le sostiene, Teresa, con intensa atención, observaba el semblante de su marido al mismo tiempo que escuchaba sus palabras y el sonido de su voz. Es pues el caso que no pareció alterarle á Pedro en lo más mí-

nimo el anuncio de una confidencia de Hemery á su suegro : únicamente pareció hostil y molestado.

« ¡ Ah, bien sabía yo ! » pensó Teresa.

Se reprochó su propia ansiedad como una ofensa hecha á Pedro. Su corazón y todos sus sentidos, por decirlo así, se sintieron aliviados. Se sentó frente á Pedro quedado en pie, y respiró ampliamente.

— Hemery ha dicho á mi padre, prosiguió Teresa (y una media sonrisa expresaba su juicio sobre el hecho), que, esta misma tarde, Majencio Chretien había ido á verle.

Se detuvo ; Pedro, inmóvil, no manifestó impaciencia por que ella continuara. Del todo tranquilizada, Teresa siguió :

— Parece ser que Majencio le declaró su intención de denunciarte al juzgado, como habiendo, hace menos de diez años, cobrado cheques falsificados por ti.

Pedro, sin inmutarse, y cual si se tratara de otro, contestó :

— ¿ Majencio ha hecho eso ? Es extraño. Aun cuando hubiera yo cometido falsificaciones y que tuviera él prueba de ello entre sus manos, no esperaría yo tal cosa después de lo que he hecho por su madre y por él. Lo creo desequilibrado, pero no vil.

— ¿ Vil ? ¡ Oh no ! apoyó Teresa. Sólo que... quizá haya sabido tu duelo con su padre. Quizá se lo hayan presentado de tal manera que se crea desligado de todo agradecimiento para contigo.

— Después de todo, es posible.

Los dos esposos se miraron algún tiempo en silencio. La misma sonrisa vaga se reflejaba de uno á otro semblante.

— Naturalmente, repuso Pedro, tu padre cree lo que cuenta Majencio?...

— Se inclina á temerlo.

— ¿Y tú, lo crees?

— ¡Ni un segundo! pero...

Vaciló.

— Pero ¿qué? insistió Pedro.

— Pues te diré (y ya no sonrió, y el esfuerzo de traducir su pensamiento en términos del todo precisos se leyó en sus facciones, se marcó en la medida lentitud de su palabra)... Yo, lo que creo, ó mejor dicho, lo que siento, lo que por intuición sospecho, es que enemigos tuyos están celosos de su situación, de tu reposo, de tu honra, y que no estás tan armado como lo desearas para convencerles de mentira. Y eso me alarma. Tengo fé absoluta en ti, Pedro. Respondo de ti como de mí. Pero, te lo suplico, sé tú mismo lo bastante confiado para decirme qué es lo que te impide confundir á los calumniadores.

Pedro acentuó su sonrisa.

— Acaso el que Majencio y tu padre tienen razón contra ti. ¿Quién te prueba que no sea yo un falsario?

— ¡Ah, exclamó vivamente Teresa, no te burles!... De sobra sé que no es cierto, pero la palabra sola me aterra. ¿Por qué me atormentas? Me miras de manera muy rara, y hay en tu voz ironía de mala índole. ¿Por qué? Si te he referido las palabras de mi

padre, es porque creo útil ponerte al corriente. ¡Diríase que quieres cartígarame enloqueciéndome!

No tuvo Pedro el arranque de ternura que ella esperaba. Replicó con voz firme, casi ruda:

— Escucha: jamás, óyelo bien, jamás he firmado, ni en cheque ni en papel cualquiera, un nombre que no fuera el mío. Esto, para tranquilizarte... Pues veo claramente que han conseguido impresionarte, inquietarte; confieso que semejante proceder me irrita; los que tal han hecho me lo pagarán. Por ahora, si te parece, dejaremos á un lado esas tonterías. Debes de necesitar reposo; también yo estoy cansado. Descansemos.

Se acercó á su mujer como para abrazarla. Adivinó ésta que iba él á retirarse á su cuarto. Una viva angustia le comprimó el corazón. Sin levantarse, se echó hacia atrás, con la mano algo hacia adelante para impedirle que la tocara.

— ¡Qué manera de hablarme! dijo Teresa. Nunca, desde que soy tu mujer, me has hablado así. Una vez más te repito que es injusto el hacerme responsable de lo dicho por Majencio, por Hemery y por mi padre. ¡Es injusto é indigno de ti!

Pedro barrió su frente con su mano; todo su rostro se contrajo.

— Tienes razón, dijo. Soy una bestia. Dispensa. La envidiosa cobardía de la gente celosa de nuestra felicidad me exaspera.

De nuevo pesó entre ellos el silencio. Un relojito inglés, sobre un velador cerca de la ventana, dió dos

golpes. Teresa no apartaba sus miradas de su marido, quien, ahora, parecía olvidar su presencia. Tomaba, una á una, las cartas que, al entrar, había colocado sobre la chimenea. Rasgaba el sobre con una bruesa uñada, lo vaciaba, lo tiraba en el hogar, recorría el contenido de la carta, y amontonaba luego metódicamente las hojas unas sobre otras. De repente, Teresa percibió una fugaz sorpresa en su semblante. Aquello no fué más que un relámpago. Ya se sonreía él, más irónicamente que antes. Posó sobre la chimenea las demás cartas que quedaban por abrir, y, conservando dos papeles en la mano, dijo :

— El joven Majencio no quiere deberme dinero : me envía un cheque de dieciocho mil francos, con un cálculo preciso de capital y de intereses. Ni una palabra de explicación. ¡ Diabla, la cosa se pone seria ! Para que ese pobrete haya encontrado quien le dé dieciocho mil francos de un golpe, preciso es que haya un sindicato constituido contra mí.

No dijo nada más. Teresa se levantó de su asiento y se puso frente á su marido.

— ¿ Entonces? dijo ella.

— Entonces, nada... Majencio me devuelve dinero que, en mi pensamiento, era suyo, puesto que se lo había dado. No conozco medio alguno para obligarle á que lo vuelva á tomar.

Se volvió hacia la chimenea y de nuevo se puso á rasgar sobres. Pero Teresa le puso la mano sobre el brazo y le obligó suavemente á mirarla.

— ¡ Pedro, dijo, háblame, te lo suplico ! No juegues

con mi angustia. Hay cosas que no me dices, y que es menester que sepa. Tranquilízame, y, al mismo tiempo, alivia mi corazón.

Lo sintió vacilar, ceder, durante un segundo. Luego, con voz vaga repuso :

— ¿ Qué más quieres que te diga? Te he tranquilizado sobre el fondo de las cosas. ¿ Por qué esa persistencia en interrogarme, puesto que me has dicho que no dudabas de mí?

Las manos de Teresa se agarraron á él.

— Pero, comprende, le dijo, que veo que padeces, que te ahogan tus reticencias ! ¡ Para un ser que te pertenece como yo te pertenezco, que se ha entregado á ti como yo me he entregado, es un suplicio el sentir que sufres y que no quieres decirme cuál es la causa de tu mal ! ¡ Ten piedad de mí ! ¡ Ten piedad de ti ! ¿ Vamos á padecer los dos, viviendo juntos, y teniendo cada cual la sensación de que está solo? Eso no es posible. Sé confiado. ¡ Habla !

La mirada resuelta y triste de Pedro se fijó en su mujer con apasionada ternura.

Contestó :

— No hablaré. Si me quieres, no me acoses. Te aseguro que tu insistencia me hace mucho daño.

— ¡ Pero tu mal viene justamente de que me haces resistencia, Pedro ! Vamos á ver, prosiguió Teresa apoyándose sobre él, con el rostro tendido hacia la cara de Pedro. No hacemos más que uno, nos adoramos. Al confiarte á mí, no divulgas nada, no arriesgas nada. Y, por fuerte que seas, más lo serás cuando

seamos dos en meditar juntos, en defendernos juntos contra tus enemigos.

Pedro se echó atrás como para sustraerse á la sugestión que sobre él ejercían el contacto de su mujer, su mirada tan cercana. Dijo friamente, enérgicamente :

— Me río de lo que tú llamas mis enemigos. Puede la jauría atacarme, yo sabré hacerle frente. Y, aunque me despedazara, poco me importaría también, con tal que quedés tú ilesa, con tal que no tengas disgusto alguno.

Y, cogiendo á plenas manos el busto retemblante de Teresa y hablándole á ésta en los ojos con una pasión que la trastornó :

— ¡Cómo no comprendes, á tu vez, que en todo esto no pienso más que en tí! ¡Pueden arruinarme, desconceptuarme, destruirme : poco me importa, siempre que no me arranquen de tí, siempre que nó me destruyan en tí, en tu corazón!

Imprimió sus labios en los labios de Teresa, tan fogosamente, que palideció ella como cuando el primer beso. Medio desfalleciente, sólo pudo murmurar :

— ¡Pedro... querido mío!

Con voz más baja, después de alejarse de ella algunos pasos, dijo :

— En cuyo caso, más vale dejarme pelear solo. No te alarmes : de trances más apurados he salido ; he rechazado asaltos más rudos que éste... Déjame que salga de apuro, sin acosarme á preguntas que me enervan, que me debilitan. Consérvame únicamente tu

confianza y tu presencia. Quiéreme : esa es la ayuda más reconfortante que puedas prestarme.

Teresa preguntó :

— ¿De modo que, supones que te querría menos si me confiaras lo que te obstinas en ocultarme?

— ¡Quién sabe!

Dijo esto con la voz destimbrada de antes, cuando se sustraía á las primeras preguntas de Teresa. Luego, como abrumado de cansancio, se dejó caer en una poltrona. Murmuró :

— ¡Ah qué innoble es la vida en ciertos momentos!

Teresa había quedado en pie. Ya no le miraba. La actitud de Pedro había chocado, herido su imperioso sentimiento de equidad ; se rebelaba contra su silencio como contra una injusticia, como contra un detrimento causado á su derecho de compañera.

— ¡Ten cuidado, Pedro! dijo.

Alzó él la cabeza :

— ¿Qué quieres decir?

— Que tengas cuidado con no romper esa unión que dices tú que es reconfortante, indispensable para tí. Ya me conoces : sabes que no es vana curiosidad lo que me impulsa á hacerte ciertas preguntas : me impulsa la necesidad misma de nuestra unión, de nuestra intimidad, corazón contra corazón. Si hay una pared entre tú y yo, ¿no comprendes que cesa el *nosotros dos*, que ya cesa de existir el : Pedro y Teresa?... Y, además, ¡qué vano es, tu silencio! ¿No concibes que comienzo á adivinar lo que no quieres decirme?

No pudo Pedro contener un sobresalto :

— ¿Qué adivinas?

— Que ciertas cosas de ti, de tu pasado, no me las has confiado, me las has ocultado á pesar de mis ruegos, á pesar de tu juramento. ¡Ah, Pedro, qué mal obraste al hacer aquello! y sigues obrando mal, ahora, callándote de nuevo.

Con una especie de violencia, Pedro, apartando la mirada, murmuró :

— No puedo hablar.

Entonces tuvo Teresa la repentina intuición de que el secreto, entre ellos, era mucho más grave de lo que ella temió en un principio. Le pareció que su marido y ella misma estaban perdidos, juntos. Estalló en sollozos :

— ¡Oh Señor, Señor! suspiró en medio de sus lágrimas... ¿Tan grave, tan grave es ese secreto?

Pedro se levantó, trastornado por aquella desolación :

— No quiero que llores, dijo. Te lo suplico, no te espantes. Fía en mí, te lo diré todo, cuando llegue el momento oportuno. Lo juro. ¡No me acoses!

Teresa secó sus lágrimas; pero su semblante seguía desesperado.

— ¡Ya ves! dijo; confiesas siquiera eso : que me has ocultado cosas de tu pasado. ¡Imprudente! ¡Cómo! ¡cómo! ¡nos has dejado ponernos en camino de la vida rodeados de mentiras! Y, aún ahora, te imaginas que vamos á seguir viviendo en la mentira! ¡Pedro! ¡Qué culpable es tu proceder para conmigo,

tan confiada, tan recta contigo! ¡Me pregunto cómo no queda todo roto, de un golpe, en este momento, entre tú y yo!...

Trató de acercarse á ella, de tocarla, Teresa se sustrajo, retremblando.

— Tengo miedo, dijo.

Una paz trágica los envolvía, una paz de desierto.

— No me condenes, dijo Pedro. Lo que no te he dicho, no podía decírtelo. Y, aún ahora, no puedo.

— ¿De qué sirve tu resistencia? dijo Teresa tristemente. ¡De sobra comprendes que comprendo! Ese pasado sospechoso del que susurra con reticencia la gente que nos conoce, y en el que no había yo querido creer, no tengo más que mirarte en este momento para imaginarme lo que ha sido.

Buscó Pedro su respiración, que se estrangulaba en su garganta :

— No me hables así, murmuró. ¡No me dejes entender que te alejas de mí, que me abandonas!

— No te abandono sino si escoges tú, tú mismo, el ser abandonado, si quieres obrar, pensar, sufrir apartado de mí.

Se detuvo, adivinando, en la contracción de su semblante, en la tensión de las venas de su frente, que iba á hablar, que una especie de misterioso y doloroso parto de verdad se elaboraba en él.

— Tienes razón, dijo. Vale más que lo sepas todo : además, te lo debo. Voy á entregarme á ti. Después, harás lo que juzgues conveniente.

De nuevo tomó aliento con esfuerzo :

— Pero, ante todo, prosiguió, más firme á medida que avanzaba en su confesión, te pido perdón por haberte asociado á mí. Creía yo estar seguro del porvenir, y, también... qué quieres, te amaba. El no haberte hablado antes, fué porque tenía miedo... Sí, egoístamente, cobardemente... tenía miedo de que me rechazaras.

Teresa pronunció la misma exclamación que antes :

— ¡ Señor! ¿ Tan grave es ese secreto?

Pedro contestó :

— Sí, es grave. Nunca he firmado un nombre que no fuera el mío. Pero...

— ¿ Qué?

Sacudió bruscamente sus puños cerrados :

— No, decididamente, no te diré nada más. Lo que he dicho debe bastarte... No pronunciaré una palabra más delante de ti sobre ese asunto... ¡ Déjame!

Teresa miró fijamente á su marido. Ambos parecían igualmente resueltos :

— Ten cuidado, Pedro, repitió. Si no me dices ahora mismo lo que tengo derecho á saber, no acabaré la noche en esta casa.

— ¡ Ten cuidado, tú también! replicó él en tono menos imperioso, pero excitado por una convicción tan ardiente. ¡ Ten cuidado! ¡ No quieras extremar las cosas!... ¡ Tan pronto como haya hablado, todo quedará roto entre nosotros, Teresa!... En cambio, si fías en mí, si puedo luchar solo, seguramente venceré, pues mi fuerza está intacta, puedes creerlo.

Y, entonces... olvidaremos esta pesadilla... Nuestra vida continuará como antes.

— No puede continuar como antes nuestra vida con esa pared entre tú y yo. Y nada quedará roto si te confías á mí.

— ¿ Me lo juras?

Hizo ella un gesto con la mano, no para jurar, sino para significar : « ¿ Para qué? ». Se recogió Pedro un instante; luego, con la calma absoluta que su voluntad impusiera á sus nervios frente á un pelotón de ejecución, dijo :

— Esto es lo que hay. Un día, hace de esto nueve años, un hombre me propuso hacer cheques falsos á mi nombre.

Se calló. Casi en voz baja, Teresa preguntó :

— ¿ Aceptaste?

Hizo seña de que sí. Los ojos de ambos no podían apartarse unos de otros, como si sus miradas se hubiesen unido en aquella confesión formulada y recibida; pero aquella doble mirada no significaba sino una especie de coma moral, la mirada de seres que acaban de asistir á una explosión y se preguntan : « ¿ Seguimos viviendo? » El silencio, entre ellos, el silencio de estupor, duró largo rato.

Pedro repitió :

— Esto es lo que hay.

Sin añadir palabra, se dirigió hacia la puerta de su cuarto.

— ¿ Adónde vas? preguntó Teresa.

— No sé. Me voy.

— ¡Quédate!

— Créeme... Vale más que...

Teresa gritó:

— ¡No digas locuras! ¡Quiero que te quedes!
¡Vamos, ven!

Obedeció, volviendo á su sitio de antes, adosado á la chimenea. Teresa le miraba con una especie de curiosidad azorada, cual si lo viera por primera vez. Y era bien él, sin embargo, él como antes de la confesión: Ya su calma habitual velaba, en su semblante, el tumulto de su corazón.

— ¡Tú has hecho eso, tú! murmuró Teresa.

Contestó con firmeza:

— Sí, lo he hecho.

— Me contestas como si quisieras decirme:
«Y volvería á hacerlo...»

Dejó Pedro que transcurrieran unos momentos, antes de contestar; luego, sin prisa, cual si pesara sus palabras:

— Hoy día, no lo volvería á hacer, porque no soy el mismo hombre que hace nueve años ni que hace seis meses. Hoy, mi suerte está unida á la tuya, y tú misma decías que ya no hacíamos más que uno: es verdad. Al hacer lo que entonces hice, sentiría que obro contra ti, que hiero algo de ti. En Bizerta, hace nueve años, no existía esta razón para detenerme.

Había reconquistado su sangre fría y se explicaba tranquilamente.

— ¿Sabes que me espantas?... dijo Teresa. Hablas

de lo que hiciste hace nueve años como de una cosa natural, como si hubieras usado de un derecho.

— ¿Para qué discutir sobre eso? replicó Pedro con la misma calma. Ahora se trata de hacer frente al peligro y no de discutir. Además, toda discusión precisaría nuestro desacuerdo, ensancharía el corte, el corte que se ha efectuado entre nosotros.

— ¡No hay corte entre nosotros! protestó Teresa. ¡Sé sincero, al contrario! ¡Cuánto prefiero tu sinceridad de ahora á tu silencio de antes! Te he amado sincero, fuerte, recto. No puedo creer que me haya engañado. Ábreme todo tu pensamiento, aun el más opuesto al mío. Sólo eso puede impedir que se efectúe entre nosotros ese corte que tu dices. Es menester, es indispensable que te comprenda, y me parece que en este momento tengo ante mis ojos á un Pedro á quien ya no comprendo. Has sido el cómplice de un falsario, y no te condenas á tí mismo...

— ¿Es la verdad lo que quieres?

— ¡Sí!

Sacudió sus robustos hombros, como para tirar al suelo una carga.

— Pues bien, sobre todo eso, tú piensas como una mujer, como una hija de burgueses prósperos que ignora lo que es el comienzo de una fortuna, que nunca ha visto más que el resultado del esfuerzo, la fortuna ganada por el padre, por el abuelo, por generaciones de burgueses. ¿Deseas que te hable con entera franqueza? Pues comienza por dar de lado á toda esa moralidad de costumbre en la que te han

criado... Sí, de costumbre, repitió Pedro, en contestación á una muda protesta de Teresa. . Imagina la batalla en que pelea un hombre de veintisiete años, arrancado de su país, sin familia, con diez años de pobreza encima á pesar de sus esfuerzos, falto de todo. Imagina que, de repente, se combinen las circunstancias de manera á que esa fortuna que él quiere, que siente que le es debida por el destino, resulte posible, cercana... Ocurría la cosa en Bizerta... El contratista, de quien era yo principal agente...

— Sí, ya sé, interrumpió Teresa.

— La parálisis lo había convertido en una ruina humana. El tomar su sucesión no era posible, para mí, sino á condición de encontrar los cincuenta mil francos exigidos como garantía por los que le comandaban. Prometí encontrarlos, naturalmente... Entonces surgió un comparsa, un empleado de Hemery en el Crédito colonial de Túnez, el padre de Majencio, justamente...

— ¿ Chretién ?

— Sí. También á él le devoraba el deseo de hacer fortuna. Quería especular sobre terrenos mineros, y, para ello, proporcionarse los indispensables primeros fondos. En el Crédito colonial, tenía el servicio de los cheques. Me dió un cuaderno ya listo, con cada hoja firmada con el nombre perfectamente imitado de Camboulives, con valores y vencimientos que no eran para llamar la atención, y pagaderos precisamente en la agencia de Túnez, en la que Camboulives tenía sus fondos de reserva.

Desde hacía siete meses, yo era quien efectuaba todos los pagos de Camboulives; de modo que, tranquilidad completa por ese lado.

— Pero, objetó Teresa, tenían que darle á Camboulives aviso de los cheques pagados... Eso deja rastros.

— Los avisos, emitidos por Chretién, volvían á mí, como toda la correspondencia. Chretién había combinado muy bien todo aquello. Él en el Crédito, yo en la oficina de Camboulives, nada sospechoso podía aparecer.

Se callaron durante un momento. Teresa murmuró :

— ¡Espantoso!

— ¿Espantoso?... ¿Por qué? ¿Á quién lesábamos, di? Camboulives dejó herederos tan indirectos y dispersos, que fué necesario casi un año para reunirlos...

¿Qué derecho positivo tenían aquellos campesinos sobre el fruto del trabajo del obrero afortunado, su pariente, de quien algunos de ellos ignoraban hasta la existencia? Tomando las cosas como son, ¿no tenía yo más derecho que ellos, yo que por mi trabajo y mi inteligencia había contribuido al éxito de la empresa; yo que, desde hacía varios meses, desde que el patrón quedó impedido, le preservaba de la quiebra?... Oigo, oigo tu objeción : « ¡ Si todo el mundo hiciera lo mismo! » Pero, ahí está : yo no soy todo el mundo, bien lo sabes tú... Con una cantidad ínfima, con los cincuenta mil francos que Chretién me proporcionó, con aquella suma que un golpe de la suerte

puso entre mis manos, ¡mira lo que he edificado, en menos de diez años! Hoy, centenares de personas viven por mí, trabajan por mí. He creado fábricas, barriadas de casas para obreros, asilos para niños, hospitales. El lujo de que yo mismo gozo no es más que lo supérfluo de lo que he dado á los que sirven mis empresas. Todo eso, soy yo, yo, quien lo he hecho con el dinero que una casualidad turbia puso á mi disposición. He recogido un arma en el lodo, convengo en ello; pero, sin aquella arma, que sin mí se perdía, que de nada servía, he vencido, y mi victoria ha sido un beneficio humano.

— Debiste buscar otra arma, objetó Teresa. Y ganaras la misma victoria.

— ¡ Otro razonamiento de mujer! ¡ otra objeción de joven burguesa feliz! replicó Pedro. ¡ Los primeros cincuenta mil francos: ¡ eso es lo duro de encontrar! ¡ Hacía tanto tiempo que los perseguía sin poder ponerles la mano encima!... Después, menos tiempo tardó en venir el millón...

— De todas maneras, has lesado á alguien.

— Como todo aquel que hace fortuna.

Teresa protestó:

— ¡ Eso no es verdad!... Mi padre, mi bisabuelo materno, han creado la fortuna de mi familia: y nadie ha sido nunca lesado por ellos.

Tuvo Pedro una breve risa.

— De tu bisabuelo, pocos datos precisos poseo. Era arrendatario de la sal en Normandía: ¿ ignoras tú los vejámenes, las iniquidades, los abusos de todas

clases sobre la debilidad y la miseria, que semejante arriendo representa? ¡ Sí, Teresita, sí!... Tal es el origen de la fortuna de que han vivido los padres de tu madre, con la que se ha criado tu madre... tu fortuna, en suma.

— Mi padre, cuando menos...

— ¿ Tu padre? Es considerado como el más honrado industrial de la tierra, y él mismo está persuadido..

— ¿ No creo que sospeches de él?

— Te digo seriamente que es el más probo industrial de la tierra. Pero, ¿ te imaginas tú que haya ganado su fortuna fabricando harina de trigo á quince céntimos de beneficio por saco?

— No veo por qué otro medio...

— ¡ Vamos, hombre! Como la mayoría de aquellos á quienes la industria ha enriquecido, tu padre es un especulador. Su cuantiosa fortuna procede de inteligentes especulaciones. Ahora bien, ganar dinero en una especulación, es arruinar á los que especulan contra uno... Tú ganas, otros pierden. Recientemente, algunos meses antes de nuestra boda, tu padre ganó trescientos mil francos comprando, al alza, trigos de Rumania. Ganó. Pero los norteamericanos que jugaban á la baja perdieron lo que él ganaba. Un molinero, llamado Lawson, se suicidó. Tu padre le puso el revolver en la mano.

— ¡ No! ¡ no! protestó Teresa, no es lo mismo... No es lo mismo que lo que tú hiciste.

— ¿ En qué está la diferencia?

Teresa meditó, luego habló con lentitud:

— Todo eso es ciertamente complicado, obscuro... Hacer fortuna, es quizá perjudicar, como tú dices. Sólo la pobreza es inocente : es la doctrina del evangelio. Pero el acto de mi bisabuelo, aprovechándose públicamente de un abuso legal; el acto de mi padre, especulando y arriesgando perder lo que ganó, me parece que no es lo mismo que apropiarse dinero tomándolo, en un banco, por cuenta de otro.

— Lo dices; pero no me lo pruebas.

— ¿Quieres que te lo pruebe? Sí tú hubieras hecho lo que hicieron mi bisabuelo ó mi padre, poco me importaría que todo el mundo lo supiera, y no estaríamos aquí, ambos, en plena noche, discutiendo las amenazas que nos reserva el día de mañana. Tu honra, en la opinión de la gente, ningún riesgo correría. Y si me contestas que la opinión no cuenta, que tú, superior á la masa, tienes derechos que la masa no tiene, te preguntaré por qué me lo objetas tan tarde, ese argumento del derecho de los fuertes... ¿Por qué no lo adujiste la víspera de nuestro casamiento, cuando yo te suplicaba que fueras sincero, que no me ocultaras nada? Si no te creías culpable, ¿por qué disimulaste?

— Porque te sentía imposible de convencer, irreducible, como hoy.

— ¡No, no, no! Porque, en el fondo, reconocías tu culpa! Á tu verdadero personaje sustituías otro, porque renegabas del primero, del verdadero...

— ¡En tu presencia! porque sabía yo que el hombre aquél no podía pretender á ti...

— ¿Te parecía acaso más digno de mí el hombre que á su turbio pasado añadía una mentira, un tan resuelto, tan directo abuso de confianza? ¡Ah Pedro! ese crimen es mayor que el otro. Me has engañado en momento en que yo me entregaba á ti. ¡Y has seguido engañándome desde entonces, sin parar! ¡Has podido vivir cinco meses en mi compañía, estrecharme en tus brazos, dormir á mi lado, ocultándome el verdadero hombre que eres!... ¡Debiste comenzar por mostrármelo sin careta, aquel hombre sin ley, aquel pirata! Lo probable es que le amara, á pesar de todo; ¡estaba de tal manera conquistada! Y, hoy, no tendría yo que decirme que pertenezco á un marido que no es aquel á quien me entregué, y que has falseado mi consentimiento... ¡Pedro, Pedro! ¡á ese falsario es á quien no puedo perdonar!

El tono de Teresa había ido subiendo poco á poco, acentuado de reproche, y de tal manera cargado de dignidad, que ninguna contestación era posible. Pedro no replicó : su actitud significó que aceptaba su condena. Simplemente, sin mirar á Teresa, hizo ademán de retirarse.

Pero Teresa le retuvo aún.

— ¡No te vayas! dijo, con voz que temblaba. ¡Quédate! ¿no ves que no podría yo, en este momento, pasar un segundo fuera de tu presencia?

Pedro obedeció. Prosiguió Teresa, hablándose á sí misma, y mirándole :

— ¡Es extraño!... Estoy indignada contra ti y necesito tenerte ante mi vista. Detestó tu pasado, toda

esa mentira que me lo ha ocultado... y te miro... y me alivia el mirarte.

Cual si de veras la avergonzara aquella sujeción y se esforzara por sustraerse á ella, se apartó de la chimenea, atravesó el cuarto y se llegó á la ventana, que estaba cerrada, pero sobre la cual no habían corrido aún las cortinas. Refrescó contra los cristales su frente que ardía. Sus ojos veían, reflejados sobre las persianas cerradas como en un espejo, el ángulo opuesto de la pieza, la chimenea con las aljabas de oro, á Pedro inmóvil...

De repente, se volvió :

— ¡ Pedro ! dijo ella á distancia.

Hizo él seña de que escuchaba.

— El duelo con Chretien... Otra vez vuelve á mi espíritu...

— ¿ Qué deseas saber ?

— Me dijiste que tuvo por motivo un altercado de juego, y no tenía yo entonces motivo para no creerte. Dime la verdad, ahora.

Sin vacilación, Pedro contestó :

— Castigué á un aliado sospechoso, que, exasperado de ver que yo subía, que yo subía mientras él había fracasado, amenazaba con venderme, si no le daba yo cierta cantidad.

— ¡ Oh ! exclamó Teresa dando algunos pasos hacia adelante, pálida de angustia... ¡ Sabías que le matarías !

Pedro se encogió de hombros.
Eso, nunca lo sabe uno de antemano. Además, de él

dependía el seguir viviendo y de conservarme como amigo. Pero tiene uno derecho á aplastar las víboras.

Las pupilas de Teresa, agrandadas por la emoción, no podían destacarse de Pedro mientras éste hablaba. Se acercó más. Pensaba, con una especie de espanto : « Tampoco esto me impide necesitar su presencia. ¡ Oh ! soy su cómplice, realmente, su cómplice... »

Cuando de nuevo estuvo al lado de su marido, trajo esta comprobación irritada.

— Nunca, dijo, podré libertarme de ti.

Pedro seguía silencioso ; ya no trataba de defenderse. Aquel silencio exasperó á Teresa.

— ¡ Pero dime que detestas lo que has hecho, para que sea menor mi desesperación !

Lamentó estas palabras no bien las hubo pronunciado, tal fué el dolor que expresó el semblante de Pedro. Contestó éste, casi en voz baja :

— Lo detesto, puesto que por ello dejas de quererme.

Y, al cabo de una pausa para tomar aliento, pues ya sus fuerzas se agotaban, añadió :

— El crimen que detesto, es el cometido contra ti : mi silencio ; ese, ya antes de hoy me lo he reprochado. Pero, bien sabes tú que lo cometí para adquirirme, para que fueras mía, siempre... Perdóname. Yo mismo me castigaré.

Teresa preguntó :

— ¿ Qué quieres decir ?

Sus ojos no se apartaban unos de otros. Entonces recordó Teresa una escena á la que había asistido

días antes de sus esponsales, una escena entre su padre y su novio. Pedro, herido por una palabra del señor Dautremont, se había marchado; ella, loca de angustia, le envió en seguida la promesa de que sería su mujer, sucediera lo que sucediera... Más tarde, Pedro le había dicho: « ¡Tu esquelita llegó á tiempo! » Ahora, acababa de ver en el semblante de su marido aquella brusca y desesperada resolución que tiempo atrás la espantara. Con la boca seca, balbució:

— ¿Supongo que no piensas en matarte?

— Por ahora, sólo pienso en parar el golpe que, por causa mía, te amenaza.

— ¿Y, luego?

Instintivamente tendía ella la mano hacia él como para retenerle.

— Después, contestó Pedro... creo que lo mejor será que desaparezca de tu vida.

Le cogió Teresa el brazo con tal fuerza, que sintió él los dedos imprimirse en su piel.

— No quiero. No tienes derecho á matarte... Sería un crimen abominable, peor que todo lo demás. Dí que lo comprendes.

— Una cosa hay que comprendo, murmuró tristemente Pedro: que ya no puedes quererme.

Dejó ella caer sus brazos:

— No sé... contestó.

Se observaron durante algún tiempo. Cada uno de ellos tenía la sensación de que se hallaba en presencia de un ser nuevo, de un ser al que no estaba cierto de poder adaptarse sin un intolerable padecimiento...

Una sola certidumbre. Pedro la leía en Teresa: toda palabra, toda actitud que manifestara amor, emoción de los sentidos, habría causado á la joven una especie de terror... Teresa misma sentía que él lo comprendía, sin que necesitara ella significárselo. Y, en la expresión de cara de uno y de otro, trataban de ver qué era lo que sobrevivía de su unión.

No obstante, Teresa, obsesionada por un espanto persistente, repitió:

— Júrame que no te matarás. Si dejas esa amenaza suspendida sobre mí, me suplicias. ¿Te parece que no es lo suficiente grande mi dolor?

— No pienso en matarme en este momento, dijo Pedro.

— ¿Lo prometes?

— Te prometo agotar antes todo mi esfuerzo.

Comprendió Teresa que no conseguiría nada más en la hora actual. Vió con aterradora claridad que no dependía de ella el poner obstáculo á aquella solución suprema. Entonces, la idea de que un día, un día que quizá estuviera cerca, aquellos ojos, aquella cara, aquellas manos, aquel cuerpo con la fuerza, la voluntad y el pensamiento que lo animaban, ya no podría tocarlos, porque habrían desaparecido, — que nada podría volvérselos, pasó sobre su corazón como una ráfaga. ¡Ah, el horror del presente, con su carga de pasado, nada era al lado de tal porvenir!... Nada, las falsificaciones, el duelo desigual... Nada, la disimulación de todo aquello durante cinco meses... Nada, con tal que Pedro viviera, — con tal que que-

dara ahora, al alcance de su mano y de sus ojos, aquel ser respecto de quien, momentos antes, se preguntaba ella : « ¿ Le amo todavía ? », contra quien su carne se rebelaba al mismo tiempo que su conciencia, y á quien casi le reprochaba ella los meses de caricias robadas.

Humillada al mismo tiempo que aliviada, Teresa pensó : « ¡ No, no he cesado de amarle ! ».

Y, en voz alta, dijo :

— Quiero que vivas.

Como no contestaba Pedro, se apoderó ella del argumento emitido ha poco por él :

— Me debes el seguir viviendo, aunque sólo fuera para defenderme.

Pero en seguida le pareció mal el mentiroso egoísmo de estas palabras. Las corrigió con un poco de dulzura :

— Estaré contigo en tu esfuerzo, puedes contar conmigo. No porque seas causa de nuestra desdicha presente, tienes derecho á excluirme de ella.

Pedro seguía callado. Inquieta por aquel silencio obstinado, Teresa insistió :

— ¡ Vamos !... no quiero verte desesperado... Dime que te sientes con fuerza... que resistirás y que te apoyarás en mí para resistir.

Pedro contestó simplemente.

— Te lo prometo.

Todavía por espacio de bastante rato quedaron en presencia uno de otro sin decirse ya nada. Ambos sentían la inutilidad de las palabras. En el corazón de

cada uno de ellos era donde se prolongaba ahora el efecto de la crisis.

Pedro tomó de nuevo maquinalmente su correo sobre la meseta de la chimenea. Con paso lento se dirigió hacia la puerta de su cuarto. Justo después de haberla franqueado, miró á su mujer :

— Teresa... dijo, perdóname.

Ella no contestó, pero corrió á él, le quitó los papeles de la mano con gesto impaciente y los tiró sobre un asiento. Después le dijo, con voz en que percibió él tanto temor como ternura :

— No quiero que te apartes de mí, esta noche.

— ¡ Oh ! dijo Pedro... te conviertes en guardián mío.

Fué ésta toda la confesión que se atrevieron á hacer de la necesidad que cada cual tenía de la presencia del otro. Volvieron al cuarto de Teresa con las manos unidas, silenciosos.

Y Teresa se extrañaba de aquella fuerza persistente que sentía ella en sí misma, que la soldaba á Pedro, y que ya no contenía deseo.